

celda, ninguno de ellos pudo quedarse allí un año entero, por ser tan incómodo el lugar.

Ammon, religioso de Tabennes y despues obispo, cuya carta hemos citado en la Vida de San Pacomio y de San Teodoro el Santificado, habiéndose retirado por consejo de éste al desierto de Nitria dice que entre los solitarios que allí florecían en santidad con San Amon, resplandecian principalmente San Pambon y el siervo de Dios Pior, que habían recibido del Señor la gracia de curar á los enfermos. San Pior murió á fines del siglo cuarto, como lo prueban muy bien los doctos continuadores de Bolando, á la edad de cerca cien años, sobre lo cual puede consultarse á Tillemont.

EL ABAD HOR U OR, Y SU DISCIPULO ATREO¹.

Ha habido dos abades Hor, que vivieron al mismo tiempo, el uno solitario del desierto de Nitria, el otro director de muchos monges de la Tebaida, á quien San Jerónimo acusa de origenismo, y del cual Rufino, origenista tambien, hizo un grande elogio. El primero moró por de pronto en Sceté, en donde estuvo en gran reputacion entre los hermanos. Tuvo allí por discípulo á San Sisoés; pero se retiró en seguida al monte de Nitria, y esto fué evidentemente por la causa que obligó á San Sisoés á retirarse á la montaña de San Antonio: esto es, porque empezando la soledad de Sceté á ser demasiado frecuentada, uno y otro creyeron tener que buscar un lugar más apartado del co-

¹ Vit. PP. Cotelier, Bulteau.

mercio de los hombres, para vacar con una entera libertad de espíritu á los ejercicios de su estado.

Los solitarios que conocian al abad Hor, tributábanle unánimemente este glorioso testimonio, á saber que no solamente no habia ocultado jamás la verdad, ni hecho juramento alguno, ni proferido maldicion contra nadie, sinoque, lo que es mucho más admirable, no había jamás hablado inútilmente. Nada quiso saber de lo que pasaba fuera de su celda, y algunas veces decía á Pablo su discípulo: « Tened cuidado de no traer jamás aquí noticia alguna de fuera. » Pues él comprendia que esto solo sirve para distraer el espíritu de las cosas celestiales, y que el menor inconveniente que produce es perder el tiempo en vanas palabras.

Santificaba su trabajo con el recogimiento interior, alimentando su corazon con santas reflexiones, mientras que sus manos se ocupaban en las obras ordinarias. Un dia en que con el abad Teodoro edificaba una nueva morada para algun solitario, se dijeron uno á otro: « Si Dios nos llamase al presente; qué haríamos ahora? » Esta consideracion les conmovió tanto que las lágrimas les brotaron de los ojos. Dejaron el trabajo y se retiraron á su celda para entregarse á sentimientos de compuncion. Cuéntase también de él y del mismo abad Teodoro, que estaban tan sumisos á la voluntad de Dios que de cualquier cosa que les sucediese les daban acciones de gracia.

El abad Hor, había establecido la obra de su perfeccion, en la cual trabajaba sin cesar sobre el fundamento de una sincera humildad; esta era su virtud principal, y él la llamaba la gloria y la corona del solitario. Decía que cuando uno es tentado de orgullo ó de vanidad, convenia al instante entrar en cuentas consigo mismo y examinar: 1º Si ha cumplido uno todos los mandatos; 2º si se mira uno como un siervo inútil; 3º si está uno verdaderamente convencido de que es el mayor de todos los pecadores. Des-

pués de esto, decía, si le dice á uno su espíritu que ha llegado á este grado de virtud, debe humillarse por este pensamiento y echarlo muy lejos, porque sería capaz de destruir todo el bien que se hubiese hecho.

Tambien daba esta hermosa instruccion sobre la humildad: « Guardaos de preferiros á otro hermano, pensando dentro de vos mismo que sois más sobrio y mortificado que él; sino que más bien, con el auxilio de la gracia de Jesucristo, poneos en un espíritu de abyeccion voluntaria y de sincera caridad, por miedo de que sucumbais á la tentacion de vanidad, y por allá perdais el fruto de vuestros trabajos, acordandoos de lo que dice el apóstol: *que el que está en pié se guarde de caer* (I Cor. 10, 12.). Con esta prudente precaucion estareis como sazonado por la sal de la sabiduría del Señor. »

Quería que se temiesen los aplausos de los hombres como un lazo peligroso para el alma, y que se mirasen los desprecios como un motivo de esperanza en la misericordia del Señor. « Perdemos mucho, decía él, cuando nos alaban y nos honran más de lo que merecemos (pero él jamás creia merecer que le honrasen), mientras que cuando parece que no se hace caso alguno de nosotros, tenemos todo motivo de esperar que seremos honrados de Dios. » Hasta quería que se llevase la renuncia á la estima de los hombres á desear pasar por insensato en su opinion. « Es necesario, decía él, huir absolutamente el ser conocido de los hombres, ó como burlarse de ellos queriendo parecer á sus ojos como desprovistos de juicio en muchas ocasiones. »

El conde Longino, célebre por su piedad y por sus grandes limosnas, deseando verle, se fué á la soledad y rogó á un anciano que le llevase á su celda. Este, que sabía la oposicion del abad Hor para estas visitas de brillo, creyó deber prevenirle, y le alabó mucho la piedad del conde. Él

le respondió: « Yo sé que es hombre de bien; pero impedid que pase este torrente para venirme á ver. »

Era también debido á esta misma humildad el que jamás atribuía á falta de sus hermanos lo que de ellos tenía que sufrir sino solamente á su propia falta y á sus pecados; y decía tambien que para apaciguar los movimientos de nuestro corazon en ocasiones semejantes, hay que pensar que cuando nosotros creemos que los otros obran injustamente, no debemos dudar que ellos piensan de distinto modo que nosotros.

Un hombre tan humilde no podía dejar de tener un grande horror por todo lo que hiere la caridad. Así que detestaba soberanamente la maledicencia, que él llamaba la muerte del alma. Daba por consejo y para impedirse de caer en ella por segunda vez, cuando había tenido uno la desgracia de faltar en ella, daba, digo, por consejo de irse á echar al instante á los pies de aquel de quien se había hablado inconsideradamente, pedirle perdon, y prometerle que no se dejaría se ducir más por el maligno espíritu.

He ahí un hecho que muestra cuánta era la delicadeza de su conciencia con respeto á la caridad. Había enviado á su discípulo Pablo para comprar la provision de ramas de palmera que necesitaban para sus trabajos. Habiéndose Pablo dirigido á muchos por haber sabido de ellos que estaban ya en poder de otros, hallólas finalmente en casa de un jardinero que le dijo que verdaderamente alguno había ya dado arras por las que tenía, pero como que ya había pasado mucho tiempo y él no se presentaba para tomarlas, se las podía llevar; lo cual hizo. A su vuelta, dió cuenta de todo esto al abad Hor, el cual, golpeándose las manos, dijo: Hor no trabajará durante este año. Ni siquiera le quiso permitir colocar estas palmas en su celda, y le obligó á devolverlas al jardinero.

Queriendo Dios purificarle siempre más y más y consumir

su virtud con una larga paciencia, envióle una enfermedad que duró al menos diez y ocho años. Durante este tiempo bajó San Sisoés de la montaña de San Antonio para verle. Era sin duda en el desierto de Nitria, en donde tenía, en vez de Pablo, de quien hemos hablado, otro discípulo llamado Atreo, con el cual vivía en una perfecta union. San Sisoés le pidió algunos consejos, y él le respondió : « ¿ Qué os diré yo ? imitad lo bueno que creais ver aquí ; porque Dios asiste al que se hace violencia. » Otra vez, habiéndole también pedido alguna instruccion para su alma, le respondió : « ¿ Teneis confianza en mí ? » — « De seguro, le respondió San Sisoés. » — « Pues bien ; añadió el viejo ; id y haced segun me habeis visto hacer á mí. » — « Pero tambien le dijo San Sisoés : ¿ qué quereis que yo imite en voz más particularmente ? » A lo cual respondió : « Veis que me considero como que estoy debajo de todos los hombres. »

San Sisoés, habiendo ido despues á pasar algun tiempo en Clysmá, en la orilla occidental del mar Rojo, contaba de esta manera al abad Pisto y á sus otros seis solitarios que habian ido á verle, cuán edificado había quedado del abad Hor y de su discípulo y de la visita que le había hecho. « El abad Hor, les dijo, y el abad Atreo vivieron juntos estrechamente unidos hasta que la muerte los separó. El primero sobresalía en humildad y el otro en obediencia. Permanecí con ellos algunos dias con la intencion de instruirme, estudiando cuál era la excelencia de su virtud ; y no tardé en ver de ella una señalada prueba. En efecto, habiéndole llevado alguno un pequeño pescado, mientras Atreo lo abría con un cuchillo, el abad Hor le llamó y al instante dejó el cuchillo hundido en el pescado sin acabar de reventarlo, para cumplir con la obediencia. Admiréme yo de ello, y le pregunté cómo lo había hecho para adquirir tan perfectamente esta virtud. Respondióme él : Vos os fijais en mi obe-

diencia, pero mucho más es necesario considerar la del viejo ; y tomándome por la mano me dijo : Venid y ved. Ví pues que le presentó el pescado ; pero expresamente lo había condimentado mal, á fin de que fuese testigo de su sumision y paciencia. Hor no dejó de comerlo sin dar muestras de repugnancia. Atreo le dijo : ¿ Lo hallais bueno, Padre mio ? Y él respondió : Si, es bueno. Despues le presentó alguna otra cosa que había condimentado mejor y le dijo : Padre mio, yo he condimentado mal esto. Hor comió de ello y respondió : Si, no estan bueno. De modo que solo decía lo mismo que su discípulo. En seguida me dijo este : Habeis visto que aquí menos obedezco yo que este venerable viejo. »

Tal fué el abad Hor, solitario particular de Nitria. Nada decimos del de la Tebaida, á causa de los errores de que le acusa San Jerónimo. Rufino, muy sospechoso en esto, hace de él grandes alabanzas, que pueden leerse en el segundo libro de la *Recoleccion de los Padres de los desiertos*. La mayor parte de los autores confunden estos dos Hor, y no hacen de ellos más que un solo personage y en cuanto á sus errores, confiesan que siguió los sentimientos de Orígenes : pero dicen que lo hizo por equivocacion y sin aficion, estando presto á someterse al juicio de la Iglesia, y que por último no se le puede poner en el número de los origenistas, condenados como tales por los obispos, ya en el sínodo de Alejandría en 399, ya por el papa Anastasio en 400, puesto que habia ya muerto en 391, y no dejó escrito alguno.